

Aproximación a la biografía de Christine Kaufmann (1939-2006)

CARMELITAS DESCALZAS
Mataró

Al acercarnos a la vida de nuestra hermana Cristina María de la Divina Gracia, Christine Kaufmann, siempre nos embarga cierto temor. ¿Cómo contar su historia, toda ella cargada de una gran riqueza humana y espiritual? A pesar de haber convivido cuarenta y dos años con ella, todavía no somos capaces de abarcar la dimensión de su vida, penetrar su significado. Sólo lo vislumbramos, y aun eso muy tímidamente. Somos conscientes de que sólo ordenamos hechos y recuerdos que para ella fueron vitales y que han quedado grabados en nuestro interior y ahora afloran a nuestra memoria.

INFANCIA Y JUVENTUD

*Mi vocación consiste
en transparentar
en la mayor vulgaridad
de una existencia humana
el glorioso misterio
de la vocación
a que Dios nos ha llamado
en CRISTO = Cristina
(19-XII-1982)*

Christine Kaufmann-Ammann nació el 19 de octubre de 1939 en Suiza, Baden, ciudad del cantón de Aargau, de habla alemana. La ciudad de Baden, situada a 388 metros de altitud, en el norte del país, goza de un clima dulce y soleado, al abrigo de los vientos. Atraviesa la ciudad el río Limmat, que corre suavemente hacia el Rhin y forma a su ribera un delicioso paseo. Baden contaba con unos 15.000 habitantes (1967) y dista cerca de 25 km. de Zürich.

El padre de Cristina, Robert Kaufmann, hijo de Baden, siguió la profesión de su padre y abuelo, drogueros. Robert, junto con su hermano mayor, José, compraron el edificio «Bernherhaus», en la Weite Gasse, 13, una casa emblemática en Baden, cuya construcción era propia del estilo del cantón de Berna. Parece que antiguamente aquí se reunían los representantes de los ciudadanos de Berna para resolver asuntos políticos y civiles con otros cantones. Aquí, en la planta baja, los dos hermanos atendían la droguería «Kaufmann».

Su madre, María Ammann, era hija de Gersau, un pueblo de la Rigi, a la ribera del lago de los Cuatro Cantones, en la Suiza central. La familia iba todos los años al pueblo de su madre a visitar a los familiares y recorrían aquellos bellos parajes. Quedó grabada en la memoria de Cristina la impronta de los pueblos diseminados junto al lago, el agua limpiísima en la superficie del lago o en sus profundidades, los prados, los bosques de abetos, las montañas, los árboles, la nieve: cuando lo explicaba lo revivía intensamente.

Los padres de Cristina, tras casarse, se quedaron a vivir en Baden, en el segundo piso de la casa «Bernherhaus» donde permanecieron toda su vida. Allí nacieron los siete hijos: Eduardo, Cristina, Lucas, Roberto, María, Walter y Teresa.

Cristina recibió el bautismo el día 22 de octubre de 1939 en la iglesia parroquial de Baden, dedicada al misterio de la Asunción de María. Le pusieron los nombres de Christine, Frida y Teresa. Amaba su nombre: Cristina viene de Cristo, es diminutivo, «ser una pequeña Cristo».

Una hermana de su padre, Frida Kaufmann, fue la madrina de bautismo y en sus visitas a Mataró nos contaba, con gran emoción, que algo pasó en su interior el día del bautismo de Cristina que la

impulsó a ofrecerla al Señor de todo corazón. Al contar este hecho siempre lo acompañaba con un alzar de brazos y manos hacia el cielo. Nos manifestó más de una vez que cuando conoció la vocación de Cristina al Carmelo comprendió que era la respuesta afirmativa de parte de Dios al ofrecimiento de aquel día.

En su diario íntimo, Cristina apunta: *Recuerdo mi bautismo. ¿Es entonces que llagaste Tú a mi alma cuando la tía Frida me entregó a ti y te dijo: «llévatela tan junto a ti como ser posible es». Tú me tocaste en lo más profundo, es verdad, y sólo conozco la punta de este «iceberg»* (12-IV-1989).

De niña iba a jugar a la plaza de la iglesia parroquial con otros muchos niños y llevaba a sus hermanos más pequeños. Lo recordaba como ratos muy felices a veces, y otros de enfados y lloros.

Nos había contado algunos recuerdos de sus padres, sobre todo de su modo de actuar en medio del hogar. De su padre evocaba la mucha ternura con que trataba a los hijos. Concretamente, su gesto de cuando les cortaba las uñas de pequeños, cómo se sentaba a la mesa, los cogía y los ponía entre sus rodillas, *sentía que me apretaba contra su pecho y eso me daba una sensación de seguridad y de amor muy grande*. Cristina le admiraba porque su actitud era pasar siempre desapercibido, sin darse importancia y trabajando muchísimo para la familia.

De su madre resaltaba su valentía, por un suceso que vivieron en plena montaña: *Una vez, durante las vacaciones en la montaña, se levantó un temporal muy fuerte de viento y nieve, no teníamos pan en casa y debíamos ir a buscarlo a la estación del teleférico. Mi madre me cogió de la mano y me hizo ir con ella, ninguno de mis hermanos quería acompañarla, todos tenían miedo. La fuerza del viento nos hacía caer y la nieve se levantaba e iba tapando el camino. Era muy peligroso. Pero ella con ánimo decidido se mantuvo firme hasta el final y regresamos a casa sanas y salvas*. Delicada de salud debía descansar largamente algunas temporadas:

«Las prolongadas enfermedades de mi madre me hacían sentir cierto abandono, una soledad muy grande, un desamparo que se instalaba en mi corazón junto con una escondida

tristeza y timidez que anidaban en mí como dos inquilinos que ya nunca saldrían del todo de allí»¹.

Explicaba que hacia los cuatro o cinco años, mientras jugaba en la plaza de la iglesia, se sentía atraída a entrar en ella. Aunque sin saber demasiado qué era rezar, sí sabía que en el tabernáculo estaba Jesús, allí a solas encontraba gusto en «estar» ante el Santísimo. Cada año por Navidad también atraía su mirada de niña un pesebre grande, muy bonito, que hacían en la parroquia y era expuesto durante este tiempo; la hacía feliz ir a verlo y contemplarlo muchas veces.

La presencia íntima de Dios se hizo sentir en Cristina desde muy pequeña y, poco a poco, se dejaba impresionar por esta realidad viva que llameaba incesantemente en su interior y la mantuvo atenta a un conocimiento cada vez más profundo de este Misterio y su propio misterio.

Las vacaciones anuales en la montaña (entre julio y agosto) eran un acontecimiento familiar anhelado por todos y dejaron huella perenne a lo largo de su vida. Sus padres alquilaban una casa de campo en Sachseln, el pueblo de San Nicolás de Flüe (1417-1487), el patrón de Suiza. Su gozo era caminar y subir por la montaña, recibir el calor del sol, jugar por los prados, encontrar el agua que corría como hilitos medio escondida. Se sorprendía ante una pequeña flor de suaves colores y hablaba con ella, se detenía al oír el canto de los pájaros, disfrutaba en reconocerlos por su nombre, y en la lejanía, llenándolo todo, el majestuoso monte Pilatus con su punta siempre nevada. Ante toda aquella maravilla a su alrededor, admirada, descubre que en su interior resplandece una claridad mayor que la atrae cada vez más:

«Y sentirme bien en soledad, apartada de mis hermanos y padres, en una de las capillitas diseminadas por los prados de la región de Sachseln, patria de san Nicolás de Flüe, y experimentar la cercanía del Santo y comprender algo, o sentir cómo se convertía en algo mío la palabra de un canto dedicado a san Nicolás: *En soledad con Dios sólo...*»²

¹ Cristina KAUFMANN, *La transparencia de lo invisible*, I, Barcelona, Editorial Claret, 2008, p. 53.

² Cristina KAUFMANN, *El rostro femenino de Dios*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1997, p. 88.

También se esperaban en casa, con gran ilusión, las vacaciones de invierno (en el mes de febrero) para ir a la nieve. Esquiar, deslizarse por la nieve «sobre caminos de intacta blancura», era un gozo inexplicable de libertad. Se acordaba que de pequeños les costaba mucho dejar la montaña, la nieve, no querían «bajar» a Baden, que está en la llanura, cerca del Rhin. En una poesía del día de Reyes de 1979, que titula «Nostalgia», escribe apasionadamente:

*Nieve
copos de nieve
quisiera ver caer
antes del atardecer.*

*Quisiera bailar
con los rayos del sol
sobre colchas de diamantes
antes que muera el mediodía.*

*Quisiera beber
con mis ojos el azul restallante
de soberana techumbre
a media tarde...*

En Baden, desde siempre, los niños recibían la primera comunión en la octava de Pascua, el domingo *in albis*. Para Cristina fue el 24 de abril de 1949, cuando tenía nueve años:

«El día de mi primera comunión, la Virgen estuvo presente de un modo especial. A pesar de mis oraciones infantiles fervientes para que mamá estuviera bien para asistir y acompañarme en el día “más importante de mi vida”, la enfermedad se lo impedía y tuve que ir sola, acompañada por los otros niños y por el sacerdote que nos había preparado. Entonces en mi parroquia se tenía la costumbre de ir por la tarde de este día a visitar una pequeña capilla mariana, muy cerca del pueblo, con todos los niños que aquella mañana habían comulgado por primera vez. Recuerdo que me tocó estar durante la pequeña ceremonia muy cerca del altar, inmediatamente debajo de la imagen de María con el Niño. Fue para mí un

momento de intenso consuelo, sentía a María más cerca que mi propia madre. Me estremecía por dentro por hallarme en un lugar donde “no pueden estar nunca las mujeres”, y yo estaba allí cerca de Dios, cerca de María y me sentía muy consolada por la ausencia de mamá. Nunca he olvidado aquella visita, y de mayor volvía a menudo, sola, a orar en aquel recinto humilde, solitario»³.

A los doce-trece años quedó cautivada por una pintura de El Greco, una «Mater Dolorosa». Sería el primer encuentro con la cultura española: *El rostro y las manos de la Virgen me cautivaron poderosamente y pensaba, ¿qué país es éste donde se pinta así? La actitud de orante de aquel retrato me apareció de repente como profecía de toda mi vida*. Este cuadro se lo dio a conocer un maestro de su escuela, a quien Cristina siempre llamará el «Herr Dr.» (Señor profesor)⁴:

³ «La transparencia..., I», *op. cit.*, pp. 54 y 55.

⁴ Recogemos aquí la carta de una amiga de la infancia de Cristina, Idamaria Tutora-Restle, donde se nos revela la identidad de este viejo profesor:

Hasta que dejamos la escuela en realidad sólo compartimos banco escolar en las clases de alemán, francés e historia con el doctor Surläuluy. Nos sentábamos una junto a la otra, siendo ambas escolares aplicadas; y competíamos amigablemente por las mejores notas en los ejercicios de redacción. Nunca hablábamos acerca de la amistad; el tiempo libre no lo pasábamos juntas; no nos contábamos grandes cosas, por lo que tampoco sabíamos nada una de otra. Pero cuando Christine llegaba y se sentaba en el banco, iba todo bien y me sentía a gusto, pues su forma de ser callada y amigable, con un reír tranquilo, conectaba con mi vida.

Nuestra común veneración era sin restricciones para nuestro profesor de alemán, doctor Surläuluy. Él comprendía —más de lo que nosotras sospechábamos— las almas de los niños a él confiados, rastreando cualidades especiales donde quiera que dormitaban. Tenía colgado en su aula un cuadro de la Virgen del Greco, creo yo. Sé que Christine estaba fascinada por él, y así fue despertando su anhelo por España. La conexión del doctor Surläuluy y el cuadro de la Virgen la acompañó siempre.

Cuando, tras mi finalización del tiempo escolar, Christine me dio a conocer su amistad en una postal con flores de manzano, de pronto supe que nosotras, sin que hubiésemos sido conscientes de ello, éramos amigas desde hacía tiempo.

Nuestros breves pero especiales contactos nos acompañaron por ambas partes a lo largo de nuestras vidas. Ella fue mi compañera más cercana y confidente, luz y bondad resplandecían en cada gesto que nos ofrecía.

Con el mayor agradecimiento y veneración, Idamaria.

«Entró en mi vida una persona que se declaraba atea, que decía vivir de espaldas a la Iglesia, liberada de las normas morales del sistema eclesiástico, etc. En cambio se había dejado prender por esta pintura de El Greco. El amor que esta persona me confesaba y al que yo respondía desde mi corazón apenas adolescente me abría, a través de la figura de María, al misterio absoluto del amor en el alma humana. (...) Y comprendí que mi vocación consistía en vivir esto, que no había meta más alta para mí, ni plenitud fuera del amor, vivido como se desprendía de aquella pintura de El Greco, y, según yo creía ver, era lo que aquella persona no creyente también había descubierto y lo viviría a su manera, hasta llegar a Dios (...) Yo lo viviría “dentro” de la Iglesia pero en comunión de amor por el que estaba fuera, hasta llegar a la misma meta: el amor eterno»⁵.

Años más tarde Cristina dirá que vivió agradecida este encuentro como una noche iluminada: *Dios se me reveló como mi único amor.*

El Herr Dr. fue para ella un testigo del espíritu de búsqueda, buscaba la verdad, a Dios. Recibió de él calor y luz que se posaron en su alma y en su corazón para siempre. Fue como un puente por el que entendió que *todo es transparente, ya nada está fuera del amor, ya no hay nada profano, nada que no esté dentro del misterio del amor, que todo revela a Dios, que Dios es la luz del mundo, que detrás de todo hay la luz que es Dios.*

Cristina vivió una nueva experiencia interior un día de marzo de 1959, en Fribourg, en medio del bullicio de la calle de la gran ciudad, de camino a la escuela:

«Me sentí de repente iluminada o penetrada por una verdad, por un hecho, por una certidumbre que ya jamás me ha dejado: *todos los pensamientos que yo pueda pensar en toda mi vida tienen y tendrán siempre por término a Dios*»⁶.

«*Palabras auténticas*» que se imprimieron en su alma. Se identificaba con el salmista: «las palabras del Señor *son auténticas*,

⁵ «La transparencia...», I», *op. cit.*, pp. 56 y 57.

⁶ «El rostro...», *op. cit.*, p. 129.

como plata limpia de ganga, refinada siete veces» (Salmo 11, 5). Y, poco a poco, se daba cuenta de que, aquellas palabras sentidas interiormente, le hacían llegar a otro convencimiento: *que todo pensamiento empezaba también en Dios*.

Dos experiencias fundantes que marcaron toda su vida: *la primera me abrió al amor; la segunda al conocimiento, aunque las dos se funden en la primera*.

De joven se consideraba muy callada, reservada, pero, *mi mundo interior muy lleno*. Se dejaba sorprender de todo lo creado, de todo lo visible, sabía que:

«...toda la realidad creada era portadora de otra realidad, más real, más verdadera...».

«Y la intensa atracción por la presencia de Dios en mí, la casi irresistible tendencia a buscar ratos de soledad en el escondrijo de un sótano o una buhardilla, donde “me esperaba la cita con Dios”, un encuentro auténtico del que yo sabía el nombre»⁷.

El Herr Dr. le abrió la puerta para conocer en profundidad las obras de arte y de la literatura. La enriqueció dejándole gusto por la lectura, la música, el cine, el teatro, la poesía, la pintura. El teatro le gustaba mucho. Había asistido a representaciones como: «El Gran Teatro del Mundo», de Calderón de la Barca; «L'anonce fait à Marie», de Paul Claudel; «Dialogues des carmélites», de Georges Bernanos; «Faust», de J. W. Goethe... Leía con gusto las poesías del escritor alemán Reinhold Schneider. Sus ojos brillaban de emoción contemplando los tonos «azules» de las vidrieras de Marc Chagall; le impresionaba la vida dramática de Vincent Van Gogh y su pintura. Allí donde emergía resplandeciente algo de belleza, Cristina era conducida a la belleza de Dios.

Entró en relación con el gran pensamiento cristiano que se estaba difundiendo en la Europa de aquellos años, sobre todo de Romano Guardini, que la ayudó a clarificar su vivencia interior. Más adelante también le influyó la obra de Karl Rahner.

⁷ «El rostro...», *op. cit.*, p. 89.

Cristina, después de haber cursado primaria y secundaria en la escuela de Baden, estudió comercio en Zürich; trabajó como secretaria, pero al cabo de un año dejó el trabajo porque no le gustaba. Entonces se preparó como puericultora en la escuela de enfermeras de Fribourg (Suiza), dirigida por religiosas.

El 31 de julio de 1959 llegó a Barcelona, a casa de la familia Guardans-Cambó para atender a sus hijos. Fue su primer contacto vivo con España. Se adaptó con bastante facilidad al nuevo ritmo de familia y a la vida de la ciudad de Barcelona. Durante este año visitó El Escorial y Toledo. Le impresionó enormemente El Escorial: la sobria línea arquitectónica de todo el conjunto, el interior del monasterio, la habitación de Felipe II; hablaba a su alma aquella piedra pulida y ajustada, desnuda, *aquí se sabía algo del Dios que yo sentía dentro de mí y que me llamaba, lo Eterno*. En Toledo le impactó la Casa de El Greco, y al contemplar sus pinturas fue como un re-encuentro con la «Mater Dolorosa».

En el verano de 1960 Cristina dejó Barcelona y volvió a Suiza, a su casa. En Baden se colocó en el Hospital-Maternidad de la ciudad. Allí se ocupaba de las madres a punto de dar a luz, de sus niños recién nacidos, asistía en el quirófano. Era feliz en el trabajo. Recordaba el nombre de algunas madres emigrantes españolas; había procurado estar cerca de ellas en el sufrimiento, sobre todo las quería acompañar en la soledad de estos momentos, al estar fuera de su país. En esta época iban llegando a la ciudad de Baden los primeros emigrantes españoles. En un primer momento lo más urgente para estas personas era que aprendieran el alemán. Aquí colaboró activamente Cristina dando clases de alemán a los españoles.

Conocemos algo de cómo vivía en su interior estos acontecimientos. Mucho antes de consentir a la llamada de Dios, al Carmelo, vivía la certeza de que su existencia *sería una existencia predominantemente contemplativa*. Las experiencias fundantes señaladas más arriba, las consideró como mojones que le iban señalando y esclareciendo el camino de la vocación: *se nace con la vocación*. Ahora pasaba por una temporada de luchas, sufría por su vocación: ponía resistencia. Sentía fuertemente nostalgia de España que intuía era el lugar donde realizar su vocación. Al relacionarse con los emigrantes españoles, su deseo de solidaridad con ellos se veía frus-

trado: *siempre quedaba yo del lado de los suizos y ellos eran los que venían de fuera*. Fue creciendo en ella una idea de que, *su solidaridad con ellos podía consistir en emigrar de Norte a Sur*. Todo esto lo vivió con muchas luchas, *por amor, entrañablemente, a mi patria*. Pero, *Dios venció*. *La profecía de la «Mater Dolorosa» de El Greco venció: vocación de orante, mi vocación*.

Había pasado muchas horas junto al río Limmat, pensando y mirando «pasar» el agua del río: *aquí comprendí que todo pasa, sólo el amor queda*. Y aquí, en el paseo que va siguiendo el curso del río, acompañaba muchas veces a un emigrante de Córdoba que se sentía muy solo. «*Venir a España*», iba entendiendo que era para ella el camino de Dios, sin demasiada explicación racional. Leía a Santa Teresa y quedó prendada de esta mujer.

En la primavera de 1962 volvió a Barcelona a casa de los señores Guardans-Cambó. Este año fue decisivo para realizar su vocación. Lo pensó seriamente y recibió una luz: *correr hacia Dios*. En febrero o marzo de 1963 regresó otra vez a Suiza. Le costó mucho marchar de Barcelona, realmente se sentía inclinada hacia todo lo de España.

Una tarde, en la iglesia de un monasterio de su país, estaba leyendo, en catalán, a Rabindranath Tagore, «*Ocells perduts*» (Pájaros perdidos) y, al llegar al final del libro leyó el último pensamiento escrito por el poeta: «*Sigui aquesta la meva darrera paraula: confio en el vostre amor*» (Sea esta mi última palabra: confío en tu amor). Escribimos la frase en catalán, porque siempre que lo contaba hacía resaltar que lo había leído en esta lengua, como si también formara parte de la fuerza de la verdad que llevaban en sí estas palabras en este momento concreto de su vida: *cuando resonaron en mí estas palabras de Tagore me espanté. Fue como si comprendiera que Dios me hacía una declaración de amor personal, fascinante, insistente y no me lo diría otra vez, que era la última tentativa. Y viendo que Dios confiaba en mí, que buscaba mi amor personal, concreto para él, me desarmó y la decisión se hizo aquella misma tarde*.

Decidida ya a entrar carmelita en un monasterio de España visitó el Carmelo de Le Paquier, Fribourg (Suiza), de habla francesa, y comunicó su deseo a la madre Inés, priora y fundadora de la comunidad. Siempre guardó un grato recuerdo de la acogida y com-

prensión que encontró en la madre. Ella le dio direcciones para que escribiera a Carmelos españoles. Cristina escribió a dos, uno de ellos fue Mataró. En la carta que dirigió a la priora, la madre Carmela del Niño Jesús, se presenta y narra su vocación e intención. Y añadía que los primeros días de noviembre los pasaría en Barcelona y que podría ir personalmente a conocer el monasterio.

Vino a Mataró los días 5 y 6 de noviembre de 1963: *Al primer contacto, solamente ver las paredes, el patio de la entrada: sí, ¡jaquí!, fue como el «flechazo». No se puede explicar. Es maravilloso con qué claridad Dios me hacía comprender que me quería tener ahí.* Expresó a la madre Carmela que sentía un verdadero deseo de entrar en el Carmelo, que veía claro que no debía resistir más a la gracia divina. Y pidió aquel mismo día a la comunidad poder ingresar en este monasterio. Ella tenía firme esta convicción: Dios, a través del desarrollo de su vocación religiosa, le había enseñado de una manera inconfundible que la quería ver en España y no podía dar otra explicación sobre su decisión de entrar en Mataró: la seguridad de que es la voluntad de Dios. Se decidió la fecha de entrada para el día 7 de marzo de 1964. Aquel sábado, en Mataró, nevaba un poco. Un día plomizo, semejante al cielo de su país. Cristina, saboreando añoranza, llegó por la tarde al monasterio de la Inmaculada Concepción de Mataró, feliz de pensar que Cristo *me ha invitado a ir a su encuentro.*

EN EL MONASTERIO

«Madre Carmela me dice que para desprenderse de las personas, de todo y amar a las personas y a todo lo creado, para conseguir el equilibrio difícil no hay otro remedio mejor, el infalible: “Prenderse de Jesús, prenderse de Jesús, de Dios y amar sin límites”» (Diario íntimo, 5-X-1985).

La comunidad de Mataró, en marzo de 1964, era numerosa, 23 hermanas, con Cristina 24. En el noviciado, entre postulantes, novicias y profesas simples, éramos en este periodo de formación diez hermanas. Hacía tres años que era priora de la comunidad y

maestra de novicias la madre Carmela del Niño Jesús, María del Carmen Ruiz de Luna y Díez (1909-1997). Mujer de una gran inteligencia, enérgica, atraía su magnanimidad, su bondad, su misericordia, su comprensión, su capacidad de empatía, su paciencia, su cordialidad, su amor por cada hermana, rasgos que provenían de una intensa vida divina. Desde este su interior lleno del amor de Dios, nos acogía, nos acompañaba, nos enseñaba. En este tiempo era ella quien hacía posible que en este espacio del Carmelo de Mataró se respirara, visiblemente y con verdad, apertura hacia Dios y hacia una misma, hacia las hermanas, la Iglesia, las necesidades de la humanidad.

No resultó fácil para Cristina la nueva vida en el Carmelo. Desde el principio y durante un periodo de tiempo largo, la adaptación fue difícil. Le costaba la comida, el calor y la excesiva humedad del clima marítimo la dejaba ansiosa; tenía miedo, la grandeza de la vida que quería abrazar la impresionaba, su gran sensibilidad la hizo sufrir mucho. Se hacía fuerte para estar en todo, pero la salud pronto se resintió apareciendo una tuberculosis ovárica y Cristina necesitó largas temporadas de reposo absoluto, prácticamente hasta el año 1967. Retirada en la celda, pasaba por una noche intensa de nostalgia. Intuimos que, en medio de una envolvente oscuridad, le invadía un raudal de luz, Dios se le hacía sentir interiormente con todo su peso de gracia. Se veía frágil. La necesidad de comunicarse le resultaba vital. El encuentro con la madre Carmela fue para Cristina un segundo nacimiento. Se confió del todo a ella. El ánimo de la madre Carmela nunca desfallecía, su esperanza siempre se mantuvo firme y sostuvo la vida de Cristina en un confiado crecimiento. La vocación fue discernida con sabiduría y aceptada, *gracias a la gran capacidad de acogida de la madre Carmela y de la comunidad*, dirá Cristina unos años más tarde:

«Me encontré con la realidad. Había imaginado algo sin cuerpo, sin historia, sin realismo. Me encontraba conmigo misma. Ahí estaba la comunidad, las hermanas, las costumbres, la manera de vestir, de comer, de relacionarse, las mentalidades y temperamentos, la liturgia, la oración comunitaria y privada, la ascesis, todo aquello que yo no podía imaginar

y que me tocaba en la piel, me despertaba de un ensueño y me colocó en la verdad de mi vocación. Todo lo imaginario tenía ahora cuerpo, sonido, color y yo estaba ante el desafío de integrar todo ello en mi propia experiencia y mi vocación. Me encontré con Jesús, con las hermanas, con Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Y todo ello vivido en aquel momento histórico, desde una cultura concreta. Lo más importante para mí de aquellos primeros años en el Carmelo fue la experiencia de lo absoluto de Dios vivido en la contingencia de una vida diaria de lo más pequeña y vulgar. Comprender que aquello que yo llevaba dentro ni se moría ni menguaba con la realidad cotidiana, vivida desde mi fragilidad y mis limitaciones, antes al contrario, cobraba realismo, profundidad y consistencia: esta fue la primera enseñanza de Teresa y Juan y de mis hermanas de comunidad. La fascinación no se apagaba dentro de mí, aunque la adaptación y aceptación de la realidad supusieron para mí una verdadera lucha con sus fervores y desánimos. Fue un nuevo aprendizaje de todo lo que había constituido mi autoconciencia. Re-colocar la realidad de mi vocación, de mi imagen, la imagen de Dios, de mi experiencia de Él, la relación con las otras hermanas. Me encontré conmigo misma en una nueva profundidad. En la crisis quedó en pie la inefable verdad de la llamada de Dios y la conciencia de esta llamada, pero fue necesario encarnarlo en la realidad»⁸.

El día 13 de septiembre de 1964 vistió el hábito de carmelita y recibió el nombre de Cristina María de la Divina Gracia. Ella estaba convencida y lo decía claramente que *sin la Gracia Divina no hubiera podido llegar al Carmelo*. Estuvo acompañada por sus padres y hermanos; era la primera vez que la visitaban en el monasterio.

Mientras tanto la Iglesia estaba en plena celebración del Concilio Vaticano II:

⁸ Cristina KAUFMANN, *La fascinación de una Presencia*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 2007, p. 23.

«Mi vida de carmelita ha estado desde el primer día marcada por la categoría de “cambio”, de desarraigo, de tensión entre lo viejo y lo nuevo, entre lo esencial y lo accidental. La fe en la vocación, la certeza de que el camino de Teresa de Jesús era también un camino para mí, no me ha abandonado nunca»⁹.

En la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, el 14 de septiembre de 1965, a primera hora de la mañana, en la sala capitular, Cristina hizo su primera profesión, por tres años, en presencia de la comunidad y en manos de la priora, la madre Carmela. En la misa conventual del domingo 6 de octubre de 1968, se entregó al Señor de manera definitiva con la profesión solemne.

La presencia de la hermana Cristina en la comunidad no pasaba desapercibida a nadie. Por ello en el Capítulo conventual de elecciones que se celebró el 13 de agosto de 1970, fue elegida superiora de la comunidad y nombrada maestra de novicias. A los tres años, en el nuevo Capítulo de elecciones, el 13 de agosto de 1973, fue elegida, por primera vez, priora de la comunidad, responsabilidad que ejerció hasta 1986, en sucesivas reelecciones. En 1989, en un segundo periodo, volvió a ser elegida priora de la comunidad, y sucesivamente reelegida hasta el mes de julio de 2001.

Aportamos una pequeña reflexión experiencial de madre Cristina, sus sentimientos como priora:

«La carmelita vive la realidad humana con las mismas satisfacciones y luchas que toda persona. La conciencia de poder aportar mi amor, mi inteligencia, mi tiempo, mi creatividad en la vida de una comunidad de mujeres de diferentes edades y condiciones muy diversas, y contribuir a que esta vida sea feliz, fecunda y significativa para algunos, me hacía sentir acogida y protegida dentro del misterio de la vida, dentro de la fuerza positiva de toda vida, aparte de todo lo que el universo de la fe signifique para mí»¹⁰.

⁹ Cristina KAUFMANN, *La transparencia de lo Invisible*, II, Barcelona, Editorial Claret, 2008, p. 55.

¹⁰ «La transparencia..., I», *op. cit.*, p. 84.

Amaba mucho a la comunidad, no hizo nada sin ella, actuaba siempre con ella y todas juntas proseguíamos el camino de la renovación que nos había señalado el Concilio Vaticano II. Aprendíamos a escucharnos, ampliando la mirada hacia la Iglesia entera, hacia toda la humanidad y no solamente hacia nuestro pequeño recinto. En un afán de búsqueda de los caminos para acercarnos al ideal que nos traza Santa Teresa nos propusimos ser una comunidad viva, evangélica, convocada por el amor de Jesús, al servicio de su Iglesia y de los hermanos, en la contemplación y la sencillez. Durante estos años, nos dedicamos intensamente al estudio, a la reflexión y a la profundización del carisma teresiano para una adecuada renovación de la vida carmelitana a la luz del Concilio. Seguir conociendo a fondo los documentos del Concilio fue una tarea emocionante.

El objetivo principal de la madre Cristina en su quehacer de madre y guía de las hermanas, siguiendo el ritmo iniciado por la madre Carmela, fue dar a la comunidad una sólida formación permanente a fin de hacer crecer a cada hermana en libertad, responsables de su propia vocación. Conducía a la comunidad en el conocimiento actualizado de nuestros Santos, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. Su capacidad de profundizar y comunicar nuestro carisma era notable; en cada uno de los encuentros de formación comunitaria, unía su aportación y vivencia a la de las hermanas; todo ello, hecho con espontaneidad, nos ha ayudado a un conocimiento mutuo y a crear un clima fraterno.

En estos años de renovación postconciliar se vivía la necesidad urgente de entrar en un diálogo fraterno con las carmelitas de diversas naciones, para ampliar e intensificar la comunicación y realizar contactos, compartir y confrontar pareceres. La madre Cristina fue invitada en febrero de 1987 a asistir a la asamblea extraordinaria de la federación de carmelitas de Alemania. Invitada de nuevo en 1989, surgió en este encuentro el deseo de formar un Grupo Europeo (Euro-Team = Europeam Team) compuesto por las presidentas federales de Alemania y Holanda y la madre Cristina de Mataró. Más tarde se sumaron al Euro-Team las presidentas federales de Gran Bretaña y Francia. Con el beneplácito de la CRIS manifestado al padre general de la Orden, Camilo Maccise, y con la aprobación y adhesión de éste, organizaron un Encuentro Europeo a celebrar en

el Desierto de Las Palmas (Castellón) en febrero de 1993. A última hora ya casi todo a punto, la Congregación romana para la Vida Consagrada prohibió la reunión.

Desde el año 1979, los monasterios de Catalunya que seguíamos un mismo criterio de renovación nos unimos a modo de federación. Pero ésta no fue aprobada canónicamente hasta enero de 1993 con el nombre de Federación de Santa María de Montserrat, de las carmelitas descalzas de Catalunya y Baleares que siguen las Constituciones de 1991. La madre Cristina fue elegida primera presidenta federal en la Asamblea constitutiva y reelegida por un segundo trienio en 1996.

Asimismo, en noviembre de 1995, fue nombrada para formar parte de un grupo de trabajo que se reunió en Lisieux (Francia). Este equipo, convocado por el padre general, Camilo Maccise, estaba formado por siete hermanas carmelitas europeas y tres hermanos carmelitas, que recibieron el encargo de delinear la redacción definitiva del Plan de formación o «Ratio institutionis».

La Iglesia en Catalunya vivió del 25 de enero al 4 de junio de 1995 el Concilio Provincial Tarraconense. El obispo de la diócesis nombró a la madre Cristina miembro del aula conciliar, quien participó en todas las sesiones.

En julio de 1999, fue invitada por la Presidenta de la Asociación de Carmelitas Descalzas de Chile, al encuentro organizado por la CICLA (Conferencia Interregional de Carmelitas Descalzos de Latinoamérica) que se celebraba en La Florida, Santiago de Chile, y por primera vez con la participación de representantes de las diversas Asociaciones del Cono Sur. La invitación fue hecha por sugerencia del P. Ulrich Dobhan, carmelita descalzo. Tuvo una intervención el día 30: *por la tarde me tocó a mí explicar un poco de la historia del grupo europeo Euro-Team. Expuse brevemente la génesis del Euro-Team que tal vez haya sido una de las semillas que han fructificado en varias reuniones internacionales que ya se van celebrando en América, África y Europa.*

Días después, del 2 al 6 de agosto, a las afueras de Santiago de Chile, se celebró la segunda asamblea federal de la Asociación Santa Teresa de los Andes de carmelitas descalzas de Chile, en la Casa de Retiro de Schönstatt. Hablé a las hermanas reunidas sobre «Cómo

vivir y transmitir nuestro carisma hoy. Formación inicial y permanente»: *Intenté en mis palabras a las hermanas, transmitir algo de lo que puede ser el camino hacia la «experiencia de Dios», las disposiciones de la persona, de la monja. La formación tendría que ayudarnos para este encuentro con el Espíritu, que es la oración o experiencia de Dios por la concentración, la purificación, la interiorización y el dominio de sí.*

Toda esta actividad para ayudar al «aggiornamento» del Carmelo teresiano femenino, no alteraba la vida interior de la madre Cristina. Un extracto de su diario, escrito el día 3 de agosto de 1999, durante su estancia en Chile, nos lo confirma:

«Estuvimos en una residencia o casa de retiro en Santiago, del movimiento de Schönstatt. (...) El parque ideado como cualquier parque en Alemania. Por la mañana, bajo la niebla y la contaminación de la ciudad cercana, los árboles altísimos, los abetos en particular y todos los arbustos, los caminos bordeados por rosales recién plantados, me daban la sensación de encontrarme en mi ciudad natal, Baden, en el Kurpark. ¡Árboles, árboles, los confidentes de mi vida, los aliados de mi soledad! La hermana inseparable de todos aquellos días, de tantos encuentros de tú a tú, fue la soledad. Una tarde, mientras se elegía al nuevo consejo de la federación de los Carmelos chilenos, me fui al “santuario” (...) Es la típica capilla de las diseminadas por los prados y montañas de Alemania, y también de Suiza. (...) con adoración ante el tabernáculo abierto. Yo estaba allí en la verdad. Me refugiaba a mi verdad, allí encontraba mi verdad, la de cuando niña, la de cuando yo iba por los montes de la Suiza central, Sachseln, patria de San Nicolás de Flüe. Y me sentí fuertemente recogida allí, delante de Jesús, el Hijo Amado. Allí me sentí de nuevo en la primera y única vocación mía: ser Christine, pequeña Cristo, atraída por Él, hecha por Él, amada por Él, viva por Él. Toda mi vocación, toda la verdad y la “importancia” mía estaba allí. ¡Y cómo yo sentía correr por mi realidad actual la sangre de Jesús, la verdad y voluntad de Dios que es lo único verdadero en mí! Quedarme allí, SER esto, adora-

ción, simplemente, mudamente, sin canto, sin palabra, sin gozo en los sentidos. Esto es mi vocación. Esto es la redención de mi soledad. Allí me sentí recogida y amparada ante mí misma, ante la posible tentación de creer que soy algo importante para mis hermanas. No se trataba de nada especial, un tocar con todas las fibras de la conciencia que lo más mío, lo más verdadero es ser adoración de Jesús, vivir su AMOR para conmigo, dejarme amar y en ello todo, TODO, tiene sentido, tiene salvación. Agradecí hondamente mi infancia, mis encuentros con Jesús Sacramentado de los primeros años en Sachseln, antes en la parroquia de Baden, mi soledad que sigue siendo fecunda y que es la puerta siempre abierta para llegar a Dios y llegar a los hermanos a través de ella. Todo este largo rato de oración en la capillita me ha acompañado en los días restantes, más libre de toda inquietud por cómo tenía que ser mi presencia. Simplemente he dejado fluir toda la vida y todo el amor que iba pasando por mí».

Con motivo de la celebración del IV centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús en 1982, se dio por TVE la serie «Teresa de Jesús», de Josefina Molina. A raíz de la emisión de este film, la periodista Mercedes Milà, presentadora del programa «Buenas noches», con el fin de acercarse al espíritu y a la obra de Santa Teresa de Jesús, quiso llevar una resonancia de este hecho de actualidad a su programa, y afirmaba que «todas las consultas nos han llevado al monasterio de la Inmaculada Concepción de Mataró, con la madre priora Cristina Kaufmann». Mercedes Milà la visitó en el monasterio para manifestarle su deseo, y la madre Cristina aceptó ser entrevistada ante las cámaras de Televisión Española el 10 de mayo de 1984. Toda la sociedad española se hizo eco de este hecho televisivo poco corriente, sorprendió a todos la naturalidad de sus palabras y la autenticidad de una vida que transparentaba a Dios y, sobre todo, el haber orado ante la cámara durante la conversación:

*«Sí, sí, tú nos ves...
y tú, Dios, que eres la Verdad
que buscamos en nuestras vidas,*

*tanto Mercedes como yo,
buscamos la verdad, la alegría,
buscamos la libertad.*

*Tú nos oyes, pero, tú callas.
Tú callas ante nuestras palabras
y ante nuestras preguntas,
ante la muerte y ante la vida.
Ante nuestras luchas, tú callas,
y nos es difícil aceptar esto.*

*Pero, tú nos has dicho una palabra.
Tú nos has dicho todo
en Jesús del Evangelio.
Conocemos el Evangelio
pero, no sabemos vivir como vivió Jesús.
Él hacía siempre lo que tú querías.
Enséñanos a vivir como vivió Jesús».*

Inmediatamente empezó a recibir testimonios de agradecimiento a través de llamadas telefónicas y muchas cartas. Sus palabras de paz, de esperanza y serenidad interior ayudaron a muchos. Al día siguiente, un obrero de la construcción vino al monasterio a decirnos emocionado: «Ayer Dios entró en mi casa».

VIDA EREMÍTICA

«...hay momentos, a pesar de todo, que siento el gozo de la cercanía de Dios, el gozo de acercarme del todo a Cristo. ¡Tengo más profunda vivencia creciente de lo que significa mi nombre!» (Diario íntimo, 25-IV-1985).

El día 13 de diciembre del año 2000, la madre Cristina, siendo priora de la comunidad, nos anunciaba su deseo de vivir una vida eremítica al finalizar el trienio:

*«Hace muchos años que el verso del Apocalipsis (3,20):
“Mira, sóc a la porta i truco...” (Mira, estoy a la puerta y*

llamo), llena mi corazón. Años de una gran espera, de una añoranza, de una soledad creciente. Hace un año, siento que Jesús ha entrado en mí estando las puertas cerradas. No sé bien si le he abierto. Pero sí, está en mí de una manera nueva. Totalmente nueva. Con una llamada nueva. (...) Sin darme cuenta del momento preciso o concreto, sino que poco a poco, a mediados de febrero de este año ya estaba segura que Jesús, el Espíritu, me hacía el regalo de una “nueva vocación”, me llama a una vida más eremítica. Vivo en la certeza de que mi vida es como una inclusión: comenzó en la soledad de la infancia y ahora me conduce de nuevo a la soledad con Jesús, continuando mi camino de carmelita. (...) Sí, me siento con el regalo que Dios me ha hecho de vivir el carisma de Santa Teresa con unas formas diferentes de las que hasta ahora he vivido, si la comunidad lo ve bien. La fraternidad, la comunión con las hermanas quedaría materialmente reducida, porque no sería una convivencia material de todo el tiempo vital. Pero, por otro lado, creo que la comunión de vida más profunda, expresada por otras vías, quedaría intacta e incluso podría aumentar. Y la obediencia a la comunidad es también un vínculo de fraternidad. Según mi parecer, todo esto no estaría fuera del ámbito del carisma teresiano. (...) La Eucaristía sería la Presencia que lo llenaría todo. Seguiría el ritmo de la Liturgia de las Horas, largos ratos de oración, trabajos, ... Y, ¿mi relación con la comunidad? Quiero volver a deciros que mi disposición es de total obediencia, de servicio, de entrega, en la medida que la comunidad lo considere útil, teniendo en cuenta este nuevo estilo de vida que llevaría. (...) En ningún momento querría ser como una sombra negativa para la comunidad. (...) Yo siento este regalo, no lo entiendo para un tiempo limitado, pero, tampoco sé si será para siempre. (...) Si llega a hacerse este proyecto sería con un tiempo de prueba» (original en catalán).

Fue un acontecimiento importante para la comunidad. Surgían muchas preguntas, dudas, objeciones, dificultades, reparos... Al día

siguiente nos reunimos nuevamente las hermanas, necesitábamos contrastar pareceres, manifestar sentimientos y en lo posible, aclarar ideas. A mediados de enero de 2001 en otra reunión comunitaria sus primeras palabras fueron: *Me ha pasado algo con Dios*. Expuso a la comunidad cómo había vivido aquel mes, desde que nos anunció su proyecto, qué sentía y veía, qué comprendía y descubriría. Durante el diálogo con las hermanas sintetizaba su experiencia: *Dios me ofrece un regalo y no puedo rehusarlo*. Al final nos pidió —dado el caso de que la comunidad aceptara su deseo—, empezar su nueva vida a mediados de octubre de ese año 2001, pasados aproximadamente tres meses de haber dejado de ser priora. La comunidad dio su consentimiento el día 25 de marzo, festividad de la Anunciación del Señor.

A partir de entonces, se fue preparando todo para esta nueva etapa y empezaron las obras de reparación para adaptar como vivienda «el pajar» del Mas Tortadès, situado en el corazón mismo del macizo montañoso de Les Guilleries, en la comarca de Osona (Barcelona).

En julio, al término del trienio, la construcción de la casa en Les Guilleries estaba ya prácticamente terminada y los preparativos de la marcha se hacían sentir y eran bien visibles en la comunidad. Se determinó para la segunda quincena de octubre el inicio de su nueva vida, inmediatamente después de la celebración de Santa Teresa.

Inesperadamente, en una revisión médica se le detectó un melanoma. En seguida se le dio el tratamiento adecuado al cual respondió muy bien. Pero, ¿y su proyecto? Fue una dura prueba y no sabía cómo salir de ella, se sentía hundida, en una gran oscuridad. Se encontraba ante un desengaño que le pesaba mucho, sin ver clara la posibilidad de realizar la llamada que había sentido. Cuando explicó al médico que la trataba su pretensión de vivir en soledad, éste no le puso ninguna dificultad, antes bien la animó y se lo aprobó.

Su proyecto, pues, siguió adelante. Se fijó ya el día de la partida: el martes 30 de octubre. Después de la misa conventual y el desayuno, la madre priora y tres hermanas más acompañaron a la hermana Cristina a Les Guilleries, en su nueva casa-ermita. Allí por la tarde empezó a vivir *en soledad con Dios sólo*.

Las estancias en la comunidad que en un principio se habían previsto solamente para las fiestas grandes o en alguna otra ocasión,

pasaron a ser uno o dos días cada dos semanas para la visita médica. Nos escribía a menudo, contaba cosas que le ocurrían, los pequeños acontecimientos de su vida diaria, quizás vulgar, pero vivida desde una novedad que armonizaba muy bien con lo esencial: centrarse en su quehacer, orar, estar, amar y dejarse amar, la solidaridad desde la soledad... *Abrimos a cosas o caminos nuevos no es para cambiar de camino sino para redescubrir el camino que tenemos dentro. Saboreo muy intensamente este vivir sin que pase nada, simplemente vivir y agradecer la vida y hacer lo que me toca hacer ahora.*

Se distribuyó el día según la Liturgia de las Horas. Pasaba largos ratos silenciosa en el oratorio ante el Señor: *Jesús en la Eucaristía se me muestra como la única presencia que me habla.* Leía mucho, caminaba largos ratos, tenía establecido su tiempo para el trabajo del cual vivía, traduciendo y escribiendo artículos y conferencias que le encomendaban... todo estaba determinado en su horario.

La intimidad con Jesús y el deseo de soledad le ayudaban a vivir más profundamente su compromiso con la humanidad. Unificaba en sí misma el mirar de Dios y su mirar a Dios y a los demás, mirada que la hacía capaz de penetrar en las diferentes dimensiones de la existencia humana. Aquellas personas o grupos que solicitaban su palabra, su pensamiento, su orientación, los acogía con sencillez y verdad. Las peticiones que le llegaban para dar conferencias las aceptaba después de un discernimiento serio.

Pronunció varias conferencias. Entre otras: en el Congreso Internacional sobre Mística (septiembre de 2003), preparado por la Orden de Carmelitas Descalzas y celebrado en la Abadía de Münterschwartzach (Alemania); en el III Congreso de Espiritualidad sobre Edith Stein (octubre de 2003), organizado por los carmelitas de Catalunya y celebrado en Lleida.

En mayo de 2005 es invitada por la presidenta de la CCA (Comunidades Carmelitas Asociadas) de Estados Unidos de América, a participar en la asamblea federal. La habían invitado varias veces, Ella misma explica por qué aceptó la invitación: *«...a raíz de los acontecimientos que todos conocemos, me pareció que esta vez debía aceptar y compartir con ellas. Me sentía movida sobre todo por la idea de manifestar mi amor fraterno hacia ellas y hacia su pueblo que seguramente en su gran mayoría es un pueblo de paz,*

de solidaridad y de libertad deseada para todos los pueblos del mundo». Al final de la crónica que escribió, resume sus sensaciones: «Se me ha ensanchado la mirada sobre el Carmelo. Hay formas distintas que expresan el mismo carisma, la misma profundidad de compromiso, el mismo vigor y también con las mismas fragilidades y sombras».

El día 5 de abril de 2006 debía dar una conferencia a los fieles del Arciprestazgo de Figueres (Girona). Había escogido por título: «El Misterio Pascual: Una teología terapéutica». No pudo darla personalmente por habersele declarado ya su última enfermedad. Envío a los organizadores el texto que tenía preparado. Es su último escrito. Lo presentaba con estas palabras: «*Con esta exposición quisiera compartir un deseo: el deseo que el Misterio Pascual llegue a ser cada vez más una realidad sanadora para mí y para todos...*». Dos semanas después su deseo era colmado: llegaba a vivir la plenitud de la Pascua en Dios.

Destaca sobre manera en los últimos meses de la hermana Cristina, una constante: la pasión por Dios-Amor: *Estoy leyendo el libro de teología de E. Jünger y realmente me es como una revelación. La tesis «Dios es amor» y para mostrarlo pasa 500 páginas. Me doy cuenta de que no había comprendido casi nada de esta palabra de Juan, y la tengo para mí como una de las más preferidas de la Biblia. Dice que en el cristianismo nos ha pasado un poco aquello que dijeron algunos filósofos: hemos aceptado la frase pero dando a la palabra «amor» el lugar de un simple predicado sobre el fondo oscuro de Dios, que es el sujeto. Quiere averiguar la frase de la carta de Juan para decir que Dios no es distinguible del amor. Me recuerda un poco el artículo de J. B. Metz, que dice: Dios no tiene predicados, «ES», «ES» Amor. También recuerdo que Tadeo ya nos había hablado de esto, de que en Dios no caben añadidos de ningún modo. E. Jünger lo lleva hacia la manifestación en Jesús. En fin, no lo sé decir adecuadamente, pero, me abre unos horizontes muy nuevos y esenciales (30-VIII-2005, carta original en catalán).*

En la mañana del sábado 18 de marzo de 2006, la hermana Cristina, desde su casa-ermita, comunicaba a la madre priora que la noche anterior se había palpado un bulto en el cuello y que venía a Mataró. Antes del mediodía estaba ya con la comunidad.

Preparamos urgentemente una visita médica. Le pidieron análisis y el viernes siguiente el resultado confirmó lo temido: un cáncer linfático. El desconcierto fue grande, se mostraba decepcionada, no sabía explicarse qué pasaba. La hermana Cristina quería vivir, luchaba por la vida con esperanza, y todas nosotras la acompañábamos en esta nueva etapa. Empezó el adecuado tratamiento médico para atacar el mal, pero no produjo el efecto deseado y esperado. No mejoraba. A veces sufría un dolor muy fuerte. El mal avanzó rápidamente invadiendo todo su cuerpo. Conocedora de su estado, le oímos decir más de una vez: «Desde que he venido cada día puedo hacer una cosa menos». Su actitud era grave, pensativa, muy en silencio, vuelta hacia su interior, concentrada en oración. Quería estar sola, pero también deseaba compañía, demostraba llevar sobre sí el gran peso del miedo, estaba muy afectada por lo inesperado de la enfermedad, sentía enormemente miedo, miedo al sufrimiento; le imponía la muerte.

Llegamos a Semana Santa. Siguió más o menos las celebraciones con la comunidad, las fuerzas ciertamente disminuían y sin embargo, asistió a los ensayos de canto de esta semana, incluido el Miércoles Santo. El Jueves Santo por la mañana fue al médico. Por la tarde, con esfuerzo, estaba con nosotras viviendo el Misterio de este día. El Viernes Santo, a la hermana que cada día le llevaba algo de alimento a primera hora de la mañana, le dijo al verla entrar en la celda: «Se me va la vida». A partir de ese momento ya no se levantó más. El Sábado Santo por la tarde recibió la Unción de los enfermos. Fortalecida con este sacramento quedó con mucha paz.

Desde el Viernes Santo vivió muy consciente «la hora» que «sabía» se acercaba. Cristina identificada con Cristo, asumió personalmente todo lo que había de venir. En Getsemaní, el evangelista san Juan nos dice que «Jesús, sabía todo lo que le iba a pasar» (Jn 18,4), por eso se adelanta, se presenta a los que van a prenderle. Algo de ello se nos revelaba: el Señor la hizo consciente de aquella hora grande que vivía, y ella no quiso ahorrar nada de esta hora, vivió plenamente aquello que el Señor le ofrecía. Su persona manifestaba dignidad y soberanía; parecía decirnos como Jesús, «nadie me quita la vida, sino que yo la entrego libremente» (Jn 10,18). No había esfuerzo sobreañadido, la gracia de Dios actuaba amorosa-

mente en ella y se hacía visible. Agradecida, esperó activamente «su hora». Decidida, la aceptó y se abandonó a Dios.

Y todo se sucedía con gran naturalidad en medio de un silencio grávido de vida.

MUERTE

¿Cómo desearías que fuera tu muerte?

«Igual como deseo que sea mi vida. Intento vivir amando y haciendo en todo la voluntad de Dios y así, quiero hacer presente aquí una centella de la belleza y de la alegría de Dios. Y así también quisiera morir».

Ésta es la respuesta que dio la hermana Cristina a la pregunta formulada en 1987.

Aquella tarde del martes de Pascua de 2006, 18 de abril, todo cuanto se vivía en la celda de la hermana Cristina era simple y total, todo adquiriría una belleza inefable, allí resplandecía *una centella de la belleza y de la alegría de Dios*. Mirábamos a la hermana Cristina postrada en la cama, ya muy debilitada, en ella veíamos la clara transparencia de Alguien que se posaba en ella y pasaba por ella a través de su mirada, luz pura, y que se hacía «palabra» de amor para todas, para todos. Transformada.

Sumida en un silencio orante, la hermana Cristina pasó sus últimas horas en la tierra como creemos siempre había vivido, para Dios y para las hermanas. A primera hora de la tarde fue perdiendo fuerzas, le invadía un gran cansancio y agotamiento. Se daba cuenta de que llegaba el fin y quería hablarnos, quería que quedáramos contentas. Hablaba de Dios, de Dios-Amor. Con gran esfuerzo nos fue diciendo:

- Sóc molt pobre, no tinc res, us dono el que tinc: Déu...*
- Voldria dir-vos una paraula a cada una... no puc, no tinc forces... només tinc una paraula a dir-vos: «Déu és Amor».*
- Jesús está cerca, ¡es hora!*
- Us estimo a tots, a totes, a totes...*

(—Soy muy pobre, no tengo nada, os doy lo que tengo: Dios...)

—Quisiera deciros una palabra a cada una... no puedo, no tengo fuerzas... sólo tengo una palabra para deciros: «Dios es Amor».

—Os quiero a todos, a todas, a todas...)

Estaba extremadamente débil, le costaba mucho acabar de pronunciar la palabra que quería decirnos. Abría con dificultad los ojos, sus ojos azules que, aunque empañados, desprendían una luminosidad especial. Nos veía y reconocía, nos saludaba con el nombre, incluso añadía alguna palabra cariñosa y apropiada. Así, entre acogida y despedida, entre el ir y venir de la celda y estar cerca acompañándola, entre palabras y silencio de expectación, iba pasando la tarde sorprendentemente.

Llegó la noche. Se la oía dormir fatigosamente. Hacia las 10 de la noche las hermanas se fueron retirando poco a poco y quedaban con ella las dos hermanas que pasarían la noche en vela. Sobre las 10,30 el ritmo de respiración se notó que cambiaba y parecía dormía plácidamente. Pero percibimos que algo era diferente, y en seguida llamamos a la comunidad. Verdaderamente era «la hora». A las 10,45, rodeada de todas las hermanas, con gran suavidad entregaba a Dios su último aliento de vida.

Un silencio profundo nos embargaba. No sabíamos qué decir. Esperamos... Brotó espontánea la acción de gracias a Dios. Haciéndonos eco de las palabras de amor dichas por ella misma aquella tarde, cantamos repetidamente: «Déu és amor, el qui està en l'amor està en Déu...» (Dios es amor). Seguimos después cantando: «Mira, sóc a la porta i truco, si algú m'escolta i m'obre la porta...» (Estoy a la puerta y llamo), el canto que desde hacía muchos años la hacía vibrar interiormente. Y el cántico de María: «La meva ànima magnifica el Senyor».

Cristina se encontraba plenamente en el seno materno de Dios, en Dios-Madre, como le gustaba dirigirse a Él. La pregunta de antaño, «El seno materno, ¿qué es?», ahora le es respondida en toda su amplitud, con toda claridad: vive para siempre en él.

El jueves de Pascua, 20 de abril, por la tarde, celebramos la misa exequial en nuestra iglesia. La afluencia de fieles fue numerosísima, personas de toda clase y condición que querían acompañarla por última vez y dar testimonio del bien que habían recibido de ella. Muchos quedaron fuera y siguieron la celebración desde el patio de la entrada del monasterio. Fue una impresionante confesión de fe en la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

La presencia de sus hermanos participando en la celebración era conmovedora. Después de la proclamación del evangelio en catalán (Lucas 24,35-48), su hermana María lo leyó en alemán. En la homilía, nuestro hermano carmelita, Agustí Borrell, con sus palabras llenas de afecto entrañable, reflejó con toda verdad y simplicidad la personalidad de la hermana Cristina. Extractamos dos párrafos:

«La hermana Cristina era de aquellas personas que saben dónde van y no se paran. Que superan con firmeza y con constancia los obstáculos y las incomprensiones. Como las mujeres del evangelio que hacen la experiencia del Resucitado y han de llevar el anuncio a los discípulos miedosos y desanimados; como Teresa de Jesús, que, en el siglo XVI, hizo la experiencia fuerte del amor divino y lo va a testimoniar a una Iglesia, entonces rígida y adormecida, también la hermana Cristina actuaba movida por la experiencia del Misterio. Este Misterio de Dios que la fascinaba, que la atraía; este Misterio de Dios en el cual intentaba sumergirse».

Y acababa con estas palabras:

«No, no busquemos entre los muertos a Aquél que vive. No busquemos tampoco entre los muertos a ninguno de los que han creído en Él. No busquemos tampoco allí a la hermana Cristina, ahora está con Cristo Resucitado, y con Cristo ella está presente, continúa presente entre nosotros, anunciándonos, como lo hicieron las mujeres a los discípulos que Cristo está vivo, ha resucitado y quiere llenarnos de su amor para siempre jamás».

Finalizada la misa la trasladamos al cementerio de la ciudad. Allí está enterrada. Nos acompañaron sus hermanos y amigos más íntimos. Un momento antes del entierro, quisimos leer en voz alta dos poemas suyos. Con sus mismas palabras queríamos expresar aquello que creíamos vivía de verdad.

El primero, en catalán, dedicado al Santo Cristo que preside nuestra iglesia y dice en su último verso:

(...)	(...)
<i>et queda Déu,</i>	<i>te queda Dios,</i>
<i>et queda TOT -</i>	<i>te queda TODO -</i>

Y el segundo, en francés, «Résurrection» leído por su hermana Teresa:

(...)	(...)
<i>Je l'ai reconnu</i>	<i>Le reconocé</i>
<i>dans le petit vent</i>	<i>en el viento suave</i>
<i>parmi les branches</i>	<i>entre las ramas</i>
<i>à peine peuplées</i>	<i>apenas pobladas</i>
<i>de mon espoir.</i>	<i>de mi esperanza.</i>
<i>Il fera rouler</i>	<i>Él hará rodar</i>
<i>la pierre</i>	<i>la piedra</i>
<i>trois jours après.</i>	<i>tres días después.</i>

Cristina ha entrado en la plena visión de Dios. La piedra ha sido ya rodada, la esperanza cumplida. El amor permanece.

Cristo ha resucitado en ella.

* * *

San Juan de la Cruz, en un texto muy bello (2N 12,1-2), se hace eco de las palabras de Jesús: llama «bienaventurados» a aquellos, a aquellas que han conocido la experiencia del Amor, la experiencia de amar incansablemente:

«...los espíritus, en esta vida, se limpian e iluminan sólo con amor.

*...la limpieza de corazón no es menos que el amor
y gracia de Dios,
porque los limpios de corazón son llamados
por nuestro Salvador bienaventurados,
lo cual es tanto como decir enamorados,
pues que la bienaventuranza no se da por menos que amor».*

Hoy nos alegra oír a Cristo que llama a Cristina *enamorada*.